Ririro.com/es te ofrece esta historia de forma gratuita. Nuestra misión es dar a todos los niños del mundo acceso gratuito a diversas historias. Las historias se pueden leer, descargar e imprimir en línea y cubren una amplia variedad de temas, incluidos animales, fantasía, ciencia, historia, diversas culturas, etc.

Comparte con otros nuestro sitio web para apoyar nuestra misión. ¡Que lo pases muy bien leyendo!



Ririro

LA IMAGINACIÓN ES MÁS IMPORTANTE QUE EL CONOCIMIENTO

Ririro

El hombre en la luna

El Hombre en la Luna bajó sin parar,
Y preguntó el camino a Norwich sin cesar.
Fue por el sur y quemó su boca,
¡comiendo gachas frías de guisantes locas!
¿Nunca has oído la historia del Hombre de la Luna? Entonces debo contártela, porque es muy divertida y no tiene nada de verdad.
El Hombre de la Luna se sentía bastante solo, y a menudo se asomaba por el borde de la Luna y miraba hacia abajo, a la Tierra, envidiando a toda la gente que vivía junta, pues pensaba que debía de ser mucho más agradable tener compañeros con los que hablar que estar encerrado en un gran planeta solo, donde tenía que silbar para hacerse compañía.
Un día, miró hacia abajo y vio un concejal que navegaba por el aire hacia él. Este concejal estaba siendo trasladado (en vez de transportado, debido a un error de imprenta de la ley) y, al acercarse, el Hombre de la Luna lo llamó y le dijo:
—¿Cómo está todo en la Tierra?
—Todo es encantador —respondió el concejal—, y no la dejaría si no me viera obligado.
—¿Cuál es un buen lugar para visitar allí abajo? —preguntó el Hombre en la Luna.

—Norwich es un lugar estupendo —respondió el concejal —, y es famoso por sus gachas de guisantes —y se perdió de vista y dejó al Hombre en la Luna reflexionando sobre lo que había dicho.

Las palabras del concejal lo hicieron sentir más ansioso que nunca por visitar la Tierra, así que caminó pensativo hasta su casa y puso unos cuantos trozos de hielo en la estufa para mantenerse caliente, y se sentó a pensar cómo debía arreglárselas para el viaje.

Verás, en la Luna todo funcionaba por contrarios, y cuando el Hombre deseaba calentarse desprendía unos cuantos trozos de hielo y los ponía en su estufa; y enfriaba el agua que bebía echando en la jarra carbones al rojo vivo. Asimismo, cuando tenía frío se quitaba el sombrero y el abrigo, e incluso los zapatos, y así entraba en calor; y en los días calurosos del verano se ponía el abrigo para refrescarse.



Todo esto te parecerá muy extraño, sin duda; pero no lo era en absoluto para el Hombre de la Luna, pues estaba acostumbrado a ello.

Bien; se sentó junto al fuego helado y pensó en su viaje a la Tierra, y finalmente decidió que la única manera de llegar era deslizándose por un rayo de luna.

Así que salió de la casa, cerró la puerta y se guardó la llave en el bolsillo, pues no sabía cuánto tiempo estaría

fuera; luego se acercó al borde de la luna y empezó a buscar un buen rayo de luna fuerte.

Por fin encontró uno que parecía bastante sólido y que llegaba hasta un punto de la Tierra de aspecto agradable; así que se balanceó sobre el borde de la luna, rodeó con ambos brazos el rayo de luna y empezó a deslizarse hacia abajo. A pesar de todos sus esfuerzos por agarrarse a él, cada vez iba más deprisa, de modo que, justo antes de llegar a tierra, perdió el agarre y cayó de cabeza a un río.

El agua fría estuvo a punto de quemarlo antes de que pudiera salir nadando, pero afortunadamente estaba cerca de la orilla y rápidamente llegó a tierra firme y se sentó a recuperar el aliento.

Ya era de día y, al salir el sol, sus rayos calientes lo refrescaron un poco, de modo que empezó a mirar con curiosidad a su alrededor y a preguntarse dónde estaba.

Por el camino que bordeaba el río pasó un granjero con una yunta de caballos cargados de heno, y los caballos le parecieron tan extraños al Hombre de la Luna que al principio se asustó mucho, pues nunca antes había visto caballos, excepto desde su casa en la Luna, desde donde parecían mucho más pequeños. Pero se armó de valor y le dijo al granjero:

—¿Puede decirme el camino a Norwich, señor?

—¿Norwich? —repitió musitando el granjero—. No sé exactamente dónde está, señor, pero está en algún lugar al sur.

—Gracias —dijo el Hombre de la Luna. Pero, ¡basta! No debo llamarlo más el Hombre de la Luna, porque, por supuesto, ahora estaba fuera de la luna; así que simplemente lo llamaré el Hombre, y ustedes sabrán por eso a qué hombre me refiero.
Pues bien, el Hombre de la... quiero decir el Hombre (pero casi se me olvida lo que acabo de decir) ... el Hombre se volvió hacia el sur y empezó a caminar a paso ligero por la carretera, pues había decidido hacer lo que le había aconsejado el concejal y viajar a Norwich, para poder comer algunas de las famosas gachas de guisantes que allí se hacían. Y finalmente, tras un largo y agotador viaje, llegó a la ciudad y se detuvo en una de las primeras casas a las que llegó, pues a esas alturas estaba realmente hambriento.
Una mujer de buen aspecto respondió a su llamada a la puerta, y él preguntó cortésmente:
—¿Es ésta la ciudad de Norwich, señora?
—Sin duda, ésta es la ciudad de Norwich —respondió la mujer.
—He venido a ver si podía conseguir gachas de avena —continuó el Hombre—, porque he oído que en esta ciudad hacen las gachas más deliciosas del mundo.
—Así es, señor —respondió la mujer—, y si entra le daré un tazón, pues tengo muchas recién hechas.
Así que él le dio las gracias y entró en la casa; y ella preguntó:
—¿Lo quiere caliente o frío, señor?
—Oh, frío, por supuesto —respondió el Hombre—, pues detesto cualquier cosa caliente para comer.

No tardó en traerle un tazón de gachas frías, y el Hombre tenía tanta hambre que tomó una gran cucharada de inmediato.
Pero apenas se la hubo metido en la boca, lanzó un gran grito y empezó a bailar frenéticamente por la habitación, pues las gachas, frías para la gente de la tierra, estaban calientes para él, ¡y la gran cucharada de gachas frías le había quemado la boca hasta hacerle ampollas!
—¿Qué pasa? —preguntó la mujer.
—¡Problema! —gritó el Hombre—, es que tus gachas están tan calientes que me han quemado.
—¡Caramba! Las gachas están muy frías —respondió ella.
—¡Pruébalas tu misma! —gritó. Así que las probó y las encontró muy frías y agradables. Pero el hombre se asombró tanto al verla comer las gachas que le habían hecho ampollas en la boca, que se asustó y salió corriendo de la casa.
El policía de la primera esquina lo vio correr, lo detuvo y lo llevó ante el juez para que lo juzgara.
—¿Cuál es tu nombre? —preguntó el magistrado.
—No tengo —respondió el Hombre; pues, como era el único Hombre de la Luna, no era necesario que tuviera un nombre.
—¡Venga, venga, no diga tonterías! —dijo el magistrado—. Debes tener algún nombre. ¿Quién eres?
—Pues, soy el Hombre de la Luna.
—¡Eso son tonterías! —dijo el magistrado, mirando severamente al prisionero—. Puede que seas un hombre, pero no en la luna, estás en Norwich.

—Es cierto —respondió el Hombre, que estaba bastante desconcertado por esta idea.
—Y, por supuesto, debes llamarte de alguna manera —continuó el magistrado.
—Bueno, entonces —dijo el prisionero—, si no soy el Hombre de la Luna, debo ser el Hombre fuera de la Luna; así que llámame así.
—Muy bien —replicó el juez—; ahora, entonces, ¿de dónde has salido?
—De la Luna.
—Ah, sí, ¿eh? ¿Cómo has llegado hasta aquí?
—Me deslicé por un rayo de luna.
—¡Claro que sí! Bueno, ¿por qué corrías?
—Una mujer me dio unas gachas de guisantes frías y me quemaron la boca.
El magistrado lo miró un momento sorprendido y dijo:
—Esta persona evidentemente está loca; así que llévenlo al manicomio y manténganlo allí.
Este habría sido seguramente el destino del Hombre si no hubiera estado presente un viejo astrónomo que había mirado a menudo la Luna a través de su telescopio, y así había descubierto que lo que era caliente en la Tierra era frío en la Luna, y lo que era frío aquí era caliente allí; así que empezó a pensar que el Hombre había dicho la verdad. Rogó, pues, al magistrado que esperase unos minutos mientras él miraba por su telescopio para ver si el Hombre en la Luna estaba allí. Como ya era de noche, cogió el telescopio y miró a la Luna, ¡y vio que no había ningún hombre en ella!

—Parece ser cierto —dijo el astrónomo—, que el Hombre ha salido de la Luna de algún modo u otro. Déjame que te mire la boca para ver si realmente está quemada. Entonces el Hombre abrió la boca, y todos vieron claramente que estaba quemada hasta la ampolla. El magistrado le pidió perdón por haber dudado de su palabra y le preguntó qué quería hacer a continuación.
—Me gustaría volver a la Luna —dijo el Hombre—, porque no me gusta nada esta Tierra de ustedes. Las noches son demasiado calurosas.
—¡Esta noche está bastante fresca! —dijo el magistrado.
—Te diré lo que podemos hacer —comentó el astrónomo —. Hay un gran globo en la ciudad que pertenece al circo que vino aquí el verano pasado, y que fue empeñado por una factura de la pensión. Podemos inflarlo y enviar al Hombre de la Luna a casa con él.
—Es una buena idea —respondió el juez. Así que trajeron el globo y lo inflaron, y el Hombre se metió en la cesta y dio la orden de soltarse; entonces el globo se elevó hacia el cielo en dirección a la Luna.
La buena gente de Norwich se quedó en tierra, inclinando la cabeza hacia atrás, y vio cómo el globo subía más y más, hasta que finalmente el Hombre alargó la mano y se agarró al borde de la Luna, y ¡he aquí que al minuto siguiente era de nuevo el Hombre en la Luna! Después de esta aventura, se contentó con quedarse en casa; y no dudo de que, si miras por un telescopio, lo verás allí hasta el día de hoy.